

bras» (13), que resulta absorbente para el lector, y que alcanza su más alto valor artístico-creativo cuando las circunstancias están cargadas de emoción, tensión o patetismo. El estilo en esta novela es una combinación de simplicidad y al propio tiempo de riqueza expresiva. Algunos efectos estilísticos, como el uso frecuente del imperfecto, antes visto, y de símiles y metáforas, hacen que el lenguaje alcance, en muchas ocasiones, nivel poético. En *La barraca* se hace más uso del símil que de la metáfora. Figuran más de treinta y cinco símiles. De ellos, la mayor parte concierne al hombre, y el resto a la Naturaleza y a lo inanimado. Se emplea el símil, principalmente, en la descripción de personajes, en el costumbrismo y en la pintura de ambiente. Los grandes cuadros de hortalizas son semejantes «a enormes pañuelos verdes» (481). Los campesinos, al amanecer, que marchan de la huerta hacia Valencia, son «filas de puntos negros y móviles, como rosarios de hormigas» (482). Justamente antes de atacar a don Salvador, y en un estado de semilocura, el tío Barret «sonreía como una hiena» (494). Aparecen unas veinte metáforas, y de ellas quince se refieren al hombre y sus pertenencias y el resto a la Naturaleza. Este lenguaje poético es usado mayormente en momentos cruciales de la acción, para intensificar la tensión, o cuando se quiere crear un ambiente siniestro o de suspenso. Batiste se considera a resguardo de cualquier traición o emboscada mientras lleve pendiente del brazo su escopeta, «el magnífico pájaro de dos voces» (553). Los cirios comprados por Pepeta, para alumbrar el cadáver de Pimentó, son «amarillentas lágrimas de luz» (561). Los empleados del juzgado, vestidos de negro, que vienen a embargar las pertenencias del tío Barret, son «fúnebres pajarracos con alas de papel arrolladas bajo el brazo» (491). Con referencia a la Naturaleza, el agua enrojecida de la acequia es la «vivificante sangre de la huerta» (508); y los pajariños, que llenan los árboles con sus revoloteos y chillidos, son los «bohemos de la huerta» (513).

Intimamente ligadas al vívido realismo de Blasco se hallan su técnica naturalista de contrastes y la fuerza con que él destaca el lado animal de los personajes. Hay personas que mueren trágicamente, como si fuesen bestias. Un personaje odiado, como don Salvador, es liquidado en forma truculenta. El tío Barret, con la hoz, le cercena una de las manos, lanzando aquél «un rugido horripilante, un grito de bestia herida»; después, de un tajo, casi le separa la cabeza del tronco, y cae don Salvador en la acequia, quedando sus piernas en

---

(13) Escalante, p. 69.

el ribazo, «agitadas por un pataleo fúnebre de res degollada» (495). En forma contrastante, hay animales que mueren como personas. La ternura y simpatía del autor se vuelcan hacia el caballo «Morrut», viejo y querido rocín que «parecía una persona», y que, después de haber ayudado a Batiste durante sus estrecheces económicas, había adquirido el derecho al descanso eterno. Su partida provoca el llanto, pues era «alguien de la familia que se iba» (527). La línea divisoria entre el hombre y la bestia se esfuma, muchas veces, a causa del ambiente, instinto, miedo, odio, crueldad, agresividad y a fuerza de comparaciones que conducen a la deshumanización de personas, a personajes bestializados, y a animales casi humanizados. Las imágenes animalistas en *La barraca* fueron objeto de un estudio específico y a él se remite al lector (14).

El naturalismo a lo español de Blasco Ibáñez, la influencia que Zola ejerció sobre él en su primera producción regional valenciana, y cómo aquél superó a éste en ciertos aspectos artísticos, su escaso interés por las ideas filosóficas y científicas y su importancia como escritor imaginativo amante de la Naturaleza, han sido tópicos estudiados en términos generales y harto repetidos (15). Sólo se discutirá aquí, brevemente, sobre ciertos aspectos específicos del naturalismo sobresaliente en la estética de *La barraca*.

En la representación o reproducción de sensaciones exquisitas, refinadas, morbosas o enfermizas, rasgo impresionista y a la vez naturalista, el escritor sugiere en el lector, lo inclina hacia la reacción que desea. Por ejemplo, en los funerales de Pascualet (541), lo que se nos trasmite es una impresión refinada, una sensación de paz y serenidad ante el entierro de una inocente criatura, en el que coopera la Naturaleza. Pero la voluntad de ser naturalista es más abvia cuando Blasco vuelca en el lector sus impresiones morbosas y logra que vibre y sienta con él sensaciones grotescas de repulsa, asco, horror, etcétera, como en el notable pasaje de la horripilante muerte de don Salvador (495), o la repugnante escena de los asquerosos animales de desecho del mercado de Valencia (529). Estas dos descripciones naturalistas, magistralmente estructuradas, y otras que se advierten

---

(14) Véase el citado artículo de Chamberlin, «Las imágenes animalistas y el color rojo en *La barraca*».

(15) Puede consultarse a Sherman H. Eoff: *The Modern Spanish Novel* (New York: New York University Press, 1961); J. Modave: «Blasco Ibáñez et le naturalisme français», *Les Lettres Romanes*, 12 (1958), 287-301; Walter T. Pattison: *El naturalismo español* (Madrid: Gredos, 1965); Katherine Reding: «Blasco Ibáñez and Zoia», *Hispania*, 6 (1923), 365-75; J. O. Swain: *Vicente Blasco Ibáñez: Exponent of Realism* (Urbana: University of Illinois, 1932), y Verne L. Vogt: «Influences of Materialistic Ideas in the Novels of Blasco Ibáñez», *DA*, 27 (1966), 1841-A-42-A.

en la novela (16), no necesitan ser expresiones bellas para provocar una emoción estética, pues aunque lo feo es en sí un antivalor, hay muchos autores que lo han admitido como categoría artística, como fuente de deleite por contraste.

Penetra en la novela un sentimiento consciente del poder del destino, de las presiones de una fuerza abstracta, del medio ambiente que puede obrar desastrosamente contra la persona. Ya desde el primer capítulo se tiene la visión pesimista de la familia Batiste, emigrante sobre su carro miserable, que huele a hambre, «a fuga desesperada, como si la desgracia marchase tras la familia pisándole los talones» (486). Batiste, a pesar de ser enérgico, emprendedor y luchador, no puede dejar de reconocer que «la mala suerte le perseguía» (497), que estaba solo contra todos, que se sentía inerme, sin poder defenderse de aquel enemigo solidarizado, que se desvanecía (534), y que toda la conjura «era algo fatal» (535), fuera de su control. *La barraca* ejemplifica, pues, la aceptación, por parte de Blasco, de la filosofía determinista del naturalismo. Hay un momento, como se ha visto, en que con motivo de los funerales de Pascualet (víctima del ambiente hostil), se produce un cambio en la psicología de los huertanos, y el lector piensa que, a la postre, no triunfarán las presiones socioambientales que tienden a la ruina de la familia. Pero esto es sólo una transición temporal, ya que el énfasis en el alcoholismo renovará las hostilidades del pasado y precipitará el trágico desenlace. Este es uno de los principales vicios de los campesinos, y la taberna de Copa, el templo del alcohol, es considerada como el centro de la actividad social de la huerta.

A diferencia de lo que acontece en *Germinal* de Zola y en *Cañas y barro*, en *La barraca* la Naturaleza no es una fuerza determinista que sacrifique la individualidad. Aquí ella no encarna un espíritu malévolo dotado de un siniestro poder trascendente que oprima a los personajes o sea responsable de sus desdichas. Muy por el contrario, las más de las veces, la Naturaleza es un agente favorable al hombre, es un paraíso donde familias enteras viven de lo que cosechan en pequeñas parcelas. «¡Qué tierras las de la vega!... Por algo, según las historias, lloraban los moros al ser arrojados de allí» (544). Así se ve cómo coopera y premia los esfuerzos de Batiste con unas cosechas abundantes y acompaña patéticamente al pequeño Pascualet, como

---

(16) La menstruación irregular de Pepeta (483); Pascualet cubierto de un lógamo nauseabundo después de ser arrojado a una acequia de aguas estancadas (526); la mujer que en el mercado vende bollos adornados por las moscas y sirve licores en pegajosas copas (529), y la visión de la descomposición del cadáver de Pascualet y los gusanos atacando su fina piel (541).